chado, que tantas veces había hecho yo mismo, me llenaron entonces de un imprevisto pavor. Sí: porque allí me convencí de esta importante verdad: el hombre puede conocer lo que será por lo que ha sido, y por lo que actualmente es. El fundamento de las gratas esperanzas y de los dulces presentimientos, está siempre en nuestro corazón; pero si éste se encuentra dañado, si destila el veneno de la corrupción moral, si ya se obstinó á fuerza de despreciar la voz de la Divina gracia, si la afición á sus malos hábitos impide que se impresione de las verdades que más le interesan, ¿qué puede tener sino temores? Así estaba el mio. Sin embargo, yo me hallaba delante de la Eucaristía, que es la misma misericordia: yo me complacía en traer á la memoria los dias todos de mi vida, que son, lo confieso con gratitud, una serie jamás interrumpida de misericordias que el Señor ha usado conmigo: yo me consolaba, y tenía razón, con la hermosa idea de la Infinita Clemencia que ha perdonado á tantos pecadores. Pero ¿qué certidumbre podía yo abrigar en aquellos momentos de que mi arrepentimiento fuese perfecto y proporcionado á la gravedad de mis delitos? Yo me convencía más y más de que la detestación del pecado es la llave del perdón, que abre, en favor nuestro, el tesoro, dispuesto siempre, de la Divina Bondad. ¿Pero podía yo estar seguro de que la confusión y la iniquidad que reinaban en mi alma, me permitiesen aborrecer la culpa, cuanto debe ser aborrecida? ¿No es cierto que para romper los lazos con que el pecado ata al corazón, es necesaria la Divina gracia? ¿Y yo podía tener motivos para merecerla? Entretanto, sonaba en mis oídos la campana del reloj, que anunciaba una de las altas horas de la noche. Mil veces la había oido sin experimentar sensación alguna; pero entonces hirió mi corazón. ¡Ah! Sí. Lo digo como lo sentí entonces: la campana del reloj es la voz que todo el dia y toda la noche nos llama para la eternidad.... La campana del reloj, cada vez que suena, es un nuevo testimonio de la Divina Misericordia.... La campana del reloj no es el clamor del tiempo que huye velozmente sobre nosotros: es el aviso de Dios que reclama á los pecadores los pasos que dan hacia el abismo....

Y me sentí sobrecogido de una espantosa convulsión interior: erizáronseme los cabellos: parecíame ver la negra mano del demonio que me detenía.... "Pues si yo no imploro misericordia, dije entonces, si no pido perdón, si no me vuelvo á Dios, *¿qué será de mí?*"

V

Era ya el momento en que debía yo desempeñar mi turno de adoración; pero.... ¡ah! yo no estaba en mí....

"Ten confianza, acércate," hé aquí las palabras dulcísimas que mi alma percibió. Y la Divina Eucaristía apareció á mis ojos más amable que nunca. El silencio del santuario no solamente me llenaba

de respeto, sino que me infundía una emoción deliciosa de esperanza y de amor. Me acordé entonces de Isaac, que para dar la bendición á su hijo Jacob le mandó acercarse más. *Accede huc.*[1] Y era, que el Señor quería bendecir mis resoluciones, como bendice siempre con exquisita suavidad á todos los que previene con los dones de su gracia. *Praevenisti eum in benedictionibus dulcedinis.*[2]

Hay momentos afortunados en que el alma goza, y goza porque encuentra descanso, consuelo, satisfacción. Esos goces en lo general son desconocidos, por eso rara vez son buscados. Conocer que hacemos lo que Dios quiere, es un goce que excede toda descripción. Lo contrario se llama remordimiento; y donde hay remordimiento no puede haber paz ni gozo interior. . . . En aquellos instantes sublimes, arrebatadores, indecibles, yo pensaba en mí, y pensaba en todos los hombres. Y juzgaba imposible que existiese algún corazón en que pudiera domiciliarse la alegría, después de menospreciar la voluntad de Dios. Yo veía entonces al género humano, como me veía á mí mismo, puesto por Dios en este lugar de destierro, con el fin único de ensayar aquí el amor que hemos de consagrarle por toda la eternidad: acudían á mi memoria todos los beneficios con que Dios ha querido atraer nuestro corazón, y mi pecho quedó, sí, lo recuerdo bien, casi sin respiración, cuando reflexioné que estaba cerca del Salvador mismo. Nada extraño me pareció ya que acá en la tierra haya penas, dolores sufrimientos, si el amor á Dios lo endulza todo, si este mundo no es la mansión de nuestro reposo, si el mismo Dios quiere estar personalmente en nuestra compañía. Y no podía comprender cómo en aquellos momentos hubiese corazones olvidados de Jesucristo. Lo que yo experimentaba había estado muy lejos de esperarlo antes. El tiempo volaba sin que yo me apercibiese de ello.

1 Génesis, XXVII, 21.
2 Salm. XX, 4.

Prometí mucho entonces: prometí no buscar ya sino mi último fin: prometí amor á Jesús: prometí cumplir mis deberes: prometí consagrarme á practicar el bien: prometí evitar las ocasiones del pecado. . . . prometí, en fin, todo lo que debe prometer una alma que ya no quiere vivir más que para Dios, que ya no quiere exponerse á nuevos peligros de perderle, que ya no quiere continuar en la cruel inquietud, ni en la horrible ceguedad que el pecado produce.

Y mi alma adquiría aliento, y se llenaba de confianza en el poder Divino, cuando se fijaba en el porvenir, porque sólidamente se persuadía de que el Señor, que la había llamado para hablarle con tanto amor, no la abandonaría. Y se encantaba deliciosamente al contemplar abierto desde aquel instante un camino recto y seguro para el cielo, donde descansaría de todos sus trabajos, donde gozaría de todos los bienes, donde se uniría para siempre con Dios, objeto único de su fe, de su amor y de su deseo.

Pero, ¡oh pensamiento aterrador. . . ! Cuando volví los ojos sobre mí y calculé, recordando lo que yo había sido, mi debilidad, mi ligereza, mi inconstancia, lo confieso, súbitamente me faltaron las fuerzas. "¿ Podré asegurarme, decía yo, de que emprenderé con firmeza la grande obra de la salvación? Los enemigos de mi eterna felicidad, empeñados en hacerme sucumbir bajo sus garras, ahí me esperan encarnizados y feroces en las puertas del Santuario. . . . ¿Qué haré. . . ? La memoria de este momento feliz, en que me hallo contigo ¡oh Dios mio! acaso muy pronto se borrará en mí, y las ideas del mundo, de los placeres, de la iniquidad, volverán á ocuparme como hasta aquí. ¿Podré estar cierto de que invocaré tu auxilio, cuando el halago de las pasiones venga á brindarme en derredor con sus engañosos atractivos? Bien me conozco ya: la experiencia me ha enseñado cuán fácil es hacerse infeliz. Tiemblo al pensar en esos momentos de furiosa lucha, en que mis perversas inclinaciones, creyéndose superiores á mí mismo, me impelan con audacia al crimen. . . . y más cuando sé que en esos momentos el alma está turbada, impetuosa y ciega. ¿Me acordaré entonces de volver los ojos á Tí, que eres mi única fortaleza? Demasiado convencido estoy de que jamás dejas de acudir en socorro del que te llama: este convencimiento me llena ahora de una dulce esperanza: ¿pero seré fiel en recurrir á Tí? Yo no sé si estoy ya cerca del término de mi vida, porque sólo Tú conoces los años que ha de durar mi tránsito por

esta tierra de llanto y de peligros. . . . ¡Cuántas vicisitudes tendré todavía que atravesar!"

Y era tan profunda la emoción que me causaba la desconfianza de mí mismo, que sentí desmayarme de congoja y de temor. Y mis suspiros se exhalaron ardientes hacia Jesús, que me escuchaba en el silencio de la Eucaristía; porque me persuadí con una claridad nueva y apremiante, que de la perseverancia en los caminos de la ley Divina, depende la salvación. Y me preguntaba á mí mismo con angustiosa instancia: "si yo no llego á perseverar con constancia y fidelidad, *¿qué será de mí?*"

VI

Mi turno había concluido. Lacerado mi corazón por la incertidumbre del porvenir, exclamó en un arranque de amor: "Oh Dios! en Tí confío: no quedaré avergonzado." *In te confido, non erubescam.*[1] Recobrando ánimo, me retiré conmovido á un ángulo del templo, para seguir el curso de mis ideas, extraordinariamente fecundizadas por las que me habían dominado hasta entonces.

"Así como había pasado con tanta rapidez, el tiempo que especialmente yo tenía prescrito para la adoración de la Santísima Eucaristía, en aquella noche, del mismo modo y con igual rapidez, me decía yo, pasará el tiempo de mi vida, cualquiera que sea el número de los años que Dios me conceda.

1 Salm. XXIV, 2.

El dia de mi muerte necesariamente ha de llegar: yo no he de ser excluido de esa ley universal y forzosa, consecuencia del pecado, que condena á la muerte á todo el género humano. Y se muere una sola vez. . . ."[1] Yo jamás había llegado á suponer el caso en que la idea de la muerte me dominase en presencia de la Divina Eucaristía. Y entonces llegó á dominarme con toda su intensidad, con toda su vehemencia.

Al pensar que algún dia he de morir, las lágrimas vinieron á mis ojos. . . . sí, porque siempre es amarga la memoria de la muerte.[2] A muchos he visto morir; he recogido sus últimas palabras; he llorado su pérdida. . . . Pero, al fin, esa impresión y ese recuerdo, por punzantes que hayan sido, pasan, como pasan todas las escenas de la vida. Pero mi muerte ha de ser un acontecimiento que afecte directamente á lo que yo soy; porque la muerte ha de venir á desmoronar todo mi sér; ha de venir á sepultar mi cuerpo en el sepulcro y á llevar mi alma, ¿adónde? No lo sé. . . . . Y me trasladé con la imaginación á ese momento supremo; y quedé estupefacto . . . .

Las circunstancias de mi última hora se me presentaron con todo su tristísimo carácter. El aposento apenas iluminado; el lecho de mi dolor, rodeado de parientes y amigos que vienen á despedirse; el sacerdote, que con voz gemebunda recomienda mi alma á Dios; mi cuerpo inmóvil, mis ojos empañados, mi boca entreabierta, mi frente lívida, mis manos sosteniendo la imagen del Salvador crucificado, mi respiración lenta, mi pulso casi extinguido. . . .

1 San Pablo á los Hebreos, IX, 27.
2 Eccli. XLI, 1.

¿Pero es esto lo más triste? Yo miraba á mi Dios oculto bajo los misteriosos velos de la Eucaristía, y lo volvía á mirar, y me sentía cada vez más enternecido y contristado, creyendo firmemente que Él ha de ser mi Juez en aquella terrible hora. ¡Oh si me hubiera sido posible obtener de Jesús que me dijese lo que ha de hacer conmigo al juzgarme! "Ante Él se leerá toda mi vida; hasta el último de mis pensamientos ha de pesarse en la balanza de su infalible justicia; ya no habrá tiempo de reparar, ni de remediar, ni de deshacer. *Et tempus non erit amplius.*[1] Allá, delante de la Justicia Divina, me acordaré de esta noche en que estuve á los pies de la Misericordia. . . . ." Brilló y se apagó luego un rayo de luz que penetró en mi alma para inspirarle confianza; pero después, al considerar que el negocio de mi salvación es exclusivamente mio, no pude menos de decirme: "si con tiempo no aprendo á morir bien, *¿qué será de mí?*"

VII

Y cada vez me sumergía yo más en el abismo de mis reflexiones, en el abismo de mi porvenir. "Mi alma, decía yo también, irá adonde sus obras la

1 Apocalipsi, X, 6.